

Eloy M.
Cebrián

MEMORIAS de un FANTASMA



DOSIER DE PRENSA

algaida



ELOY M. CEBRIÁN (Albacete, 1963) es licenciado en Filología Inglesa, catedrático de instituto y escritor. Para jóvenes lectores ha publicado las novelas *Bajo la fría luz de octubre* (premio Jaén), *Memorias de Bucéfalo*, *Operación Beowulf* y *¿Por qué se fastidia todo al cumplir los 17?* En cuanto a su producción para adultos, ha cultivado el género policial en *El fotógrafo que hacía belenes* (premio Francisco Umbral), la novela histórica en los dos volúmenes de la saga cervantina *Madrid, 1605* y *Madrid, 1616* (escritos en colaboración con Francisco Mendoza y publicados por Algaida) y la narrativa de terror en *El juego de los muertos*. Sus relatos y sus artículos de opinión han aparecido recopilados en los libros *Comunión* y *La Ley de Murphy*, respectivamente. Es traductor literario ocasional y desde el 2000 codirige la revista de creación literaria *El Problema de Yorick*.



EL HUMOR DE CEBRIÁN ES LA RISA CONTAGIOSA DE UN LOCO FURIBUNDO, LA CARCAJADA CRUEL DEL NIÑO QUE HA DESCUBIERTO QUE EL EMPERADOR ESTÁ DESNUDO. EN ESTE LIBRO HE ENCONTRADO UNA VISIÓN DEL MUNDO RADICAL DE UN NIHILISMO FERROZ Y SIN CONCESIONES. EN OTRAS PALABRAS, ES PURA DINAMITA.

JOSÉ ÁNGEL MAÑAS

14
SEPT

Memorias de un fantasma es el relato de una apoteosis y de una caída. El profesor universitario Luis Miguel Ortiz, encarnación del trepa nacional, ve como su vida se disuelve en el caos y piensa que hallará redención en la ciudad de Edimburgo, adonde acude para participar en un congreso. Pero quien allí le espera es un indigente llamado Ben el Ladillas, su guía por los mundos infernales. Convertido en miembro de una insólita hermandad de fantasmas, el antiguo profesor vivirá la aventura más descabellada e hilarante, y encontrará la oportunidad de dar rienda suelta a la bestia que siempre ha llevado dentro.

Zigzagante, divertida, obscena, incorrecta y a ratos hiriente, *Memorias de un fantasma* constituye un festín de situaciones desaforadas e imprevistas, una bofetada en el rostro de los biempensantes y un ejercicio de maestría narrativa que provoca por igual la carcajada y la reflexión, el asombro y el escándalo, pero nunca la indiferencia del lector.

ELOY M. CEBRIÁN
**MEMORIAS DE UN
FANTASMA**

ALGAIDA NARRATIVA

15,40 x 23,00 cm
656 páginas | Rústica

978-84-9067-837-4
2961218

€ 20,00



EBOOK 978-84-9067-838-1

ENTREVISTA

¿Estamos ante una novela de fantasmas?

No en un sentido literal. Es decir, no se trata de una novela de terror. Pero la palabra “fantasma” se puede interpretar de otras formas. Por un lado, en castellano llamamos “fantasma” a aquel que quiere aparentar lo que no es, y sin duda el protagonista de este libro cumple esa definición a rajatabla. Un fantasma es, además, un ser que ha dejado atrás su forma terrenal y se ha adentrado en el ámbito de la inexistencia. Es invisible, nadie repara en él. Por lo tanto, convertirse en un fantasma significa adquirir un grado de libertad que no está al alcance de quienes todavía siguen vivos. En la novela los fantasmas son los indigentes, los que han tocado fondo, aquellos a quienes el mundo ha dado la espalda. Quien ha sido rechazado por la sociedad no tiene por que vivir acatando sus reglas. Y esto es lo que descubre el protagonista, Luis Miguel Ortiz, en el último tercio de la novela, que la felicidad suprema se cifra en no verse obligado a vivir sujeto a reglas, a lo que socialmente se considera aceptable.

¿Qué puede esperar el lector de *Memorias de un fantasma*?

Como el título prelude, esta novela adopta la forma de un libro de memorias. Unas memorias ficticias. El tipo que narra su vida pertenece a ese grupo social que todos, por desgracia, conocemos muy bien: el de los escaladores sociales, el de los trepas. Su propósito es procurarse una vida cómoda, una posición de respeto, una reputación. Por desgracia, para él, hay algunos factores que juegan en su contra. Para empezar, presenta rasgos acusados de psicopatía. No llega hasta el extremo de asesinar a otros físicamente, pero no siente el menor reparo en destruirlos cuando se convierten en un obstáculo para su escalada hacia la cima. Es un individuo incapaz de sentir amor o empatía hacia otros, y comprende que esto lo puede convertir en un paria social. Por eso se convierte en un actor consumado, un tipo normal en apariencia y un maquinador en la sombra. El otro problema del protagonista es su forma desafortunada y tortuosa de vivir la sexualidad, lo

que también puede convertirse en un grave revés para sus planes vitales. El personaje se construye sobre estas paradojas, estos impulsos antagónicos con los que se ve obligado a convivir. Finalmente, las tensiones lo llevan a un callejón sin salida. Su vida experimenta un cataclismo que se narra en la última parte de la novela. Todo esto está contado en tono de sátira, teñido de un humor que con mucha frecuencia rebasa los límites habituales. Creo que el lector encontrará una novela de risa, de mucha risa. Una novela de humor negro, salvaje, que rehúye las barreras y los convencionalismos. La voz del narrador es como una ametralladora que dispara a todo lo que se mueve: la familia, la educación, la religión, las instituciones sociales más “sagradas”. Nada se salva. Creo que hay un componente tonificante y purgante en esta novela, aunque pueda resultar hiriente para ciertas personas.

¿Considera, entonces, que no es una novela para todo tipo de lectores?

Desde el primer momento concebí la escritura de este libro como un acto de libertad. Quería disfrutar por el procedimiento de saltarme los límites y no constreñirme a los cauces de lo que se considera literatura “comercial” o de “consumo”. Decidí embarcarme en un ejercicio de valentía literaria. Por lo tanto creo que es un libro para lectores valientes que no tienen miedo de asomarse al abismo. En esta novela se dinamita todo lo que se considera “políticamente correcto”, y la carga explosiva que he utilizado es el sarcasmo y la risa. Un ejercicio de libertad para lectores sin prejuicios.

¿De dónde surgió la idea original?

De algo que me ocurrió durante una estancia por estudios en Edimburgo. Un día estaba esperando el autobús y acertó a pasar por allí uno de esos indigentes alcoholizados que abundan en aquella ciudad. Un tipo con una apariencia espantosa que olía como el mismísimo demonio. La norma allí (y ahora también aquí) es hacer como que esos individuos no existen. La gente los ignora, no los mira, y estoy convencido de que para

muchas personas se han vuelto invisibles (es decir, se han convertido en fantasmas). Pero yo sí lo miré. Entonces, aquel mendigo se acercó a mí, se plantó delante, a unos centímetros de mi cara, y me dedicó una mirada furibunda, terrible. Nadie me ha mirado jamás con tanta cólera. Pasaron unos segundos, el indigente no se iba y yo llegué a pensar que me iba a desmayar de miedo. Y, de repente, ya no estaba. Se había esfumado. Cuando se me pasó el susto, me dio por pensar qué ocurriría si yo me convirtiera también en un fantasma como aquel. Cuál sería el proceso y sus consecuencias. El resultado de aquellas cavilaciones es *Memorias de un fantasma*.

¿Esconde sorpresas esta novela?

Muchas. En especial el último tercio, titulado *Los fantasmas de Edimburgo*. Un ejercicio de desenfreno escrito en un estado que yo denominaría “alucinatorio”. Hasta ese punto la novela es una apisonadora. A partir de ahí, se convierte en una locomotora cuesta abajo y sin frenos.

¿Por qué adoptar la forma de unas memorias ficticias? ¿Hay quizás un componente autobiográfico?

No niego que en muchos momentos sí lo hay (de hecho, ya me he referido a uno de ellos). Puesto que se trata de un libro de memorias, me resultaba mucho más sencillo usar mi propia biografía y deformarla hasta moldear el personaje que yo tenía en mente. Pero considera que es ocioso (y un poco estúpido) rastrear al autor en las páginas de una novela. La ficción es ficción. No niego que la literatura ha sido siempre un modo de transmitir ideas y opiniones, pero a veces el sistema más eficaz es buscar el rechazo del lector hacia ciertos personajes que actúan y piensan de un modo que el autor considera despreciable. Este es el caso. Por otro lado, he usado muchos de mis recuerdos y

vivencias de adolescencia y juventud. Los años de la Transición se reflejan de una manera muy veraz. Yo estuve allí.

¿Cuál es el secreto para interesar a los lectores?

No hay secretos, sino técnica y oficio. Trato de construir unos personajes fuertes que el lector reconozca, con los que se llegue a encariñar. Tengo la sensación de que quien lea esta novela llegará a tomarle cariño a Luis Miguel Ortiz, que es una sabandija, un perfecto amoral. Sin embargo, al menos no trata de justificarse y llama a las cosas por su nombre. Ahí radica precisamente su encanto. En cuanto a la larga nómina de secundarios, a pesar de la distorsión y la caricatura, estoy convencido de que los lectores serán capaces de reconocer a esa novia del instituto, a ese amigo de la adolescencia, a ese profesor, a ese compañero de trabajo, a ese político de su ciudad. La gente de mi generación se sentirá como en su casa. Y como en el fondo no han cambiado tantas cosas, espero que los lectores más jóvenes también disfruten con el libro.

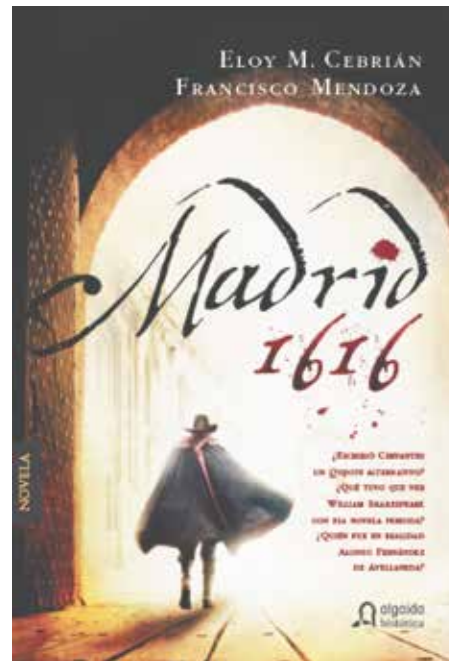
¿Qué autores le han influido más en esta novela en concreto?

Me considero en deuda con la magnífica tradición de humoristas ingleses, sobre todo con los que han escrito en tono de sátira sobre los ambientes académicos, en especial Tom Sharpe y David Lodge. Entre los españoles, mi maestro en este libro y en otros ha sido, sin la menor duda, Eduardo Mendoza. El tono de la novela es claramente valleinclanesco, por lo que la vasta figura de don Ramón sobrevuela estas páginas. Hay también un toque de Stevenson, en concreto de *El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde*. Edgar Allan Poe también anda por ahí, como permite presumir la figura del cuervo en la cubierta.

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR



978-84-9877-821-2



978-84-9067-323-2

«Yo diría que mi descenso a los infiernos arrancó con aquel episodio del perro. Sí, tuvo que ser entonces, porque hasta ese día las cosas me habían ido como la seda y fue a raíz de aquello cuando todo empezó a torcerse. Hasta que ese chucho sarnoso se coló en mi existencia gozaba de una reputación, una familia, una carrera con prestigio y futuro y una fachada intachable. Pero después todo empezó a ir cuesta abajo, como en un tobogán, como en esos tubos de plástico que cuelgan de las ventanas de las viviendas en reforma para arrojar por ellos los escombros»

«La tarde que probé mi primer canuto fue también la del comienzo de mis relaciones con Macarena, por lo que no hace falta ser un lince para sumar dos y dos»

«De lo que ocurrió durante el mes siguiente no podría, aunque quisiera, realizar una narración pormenorizada. ¿Por qué ocurrirá que las etapas más felices de nuestra vida no suelen dejarnos una honda impronta en la memoria, tan solo el tenue vestigio de su perfume, el impreciso recuerdo de su resplandor?»

«En algún sitio leí que los franceses han acuñado la expresión esprit de l'escalier, lo que viene a significar “genio de la escalera”. Se refiere a eso que ocurre cuando a uno lo ofenden gravemente y se queda sin saber qué decir, o bien da una réplica tan necia y endeble que habría sido preferible quedarse callado. Entonces escondes el rabo entre las piernas y te largas. Y cuando estás bajando las escaleras, una especie de genio o espíritu travieso que vive allí te susurra esa frase demoledora que habría dejado a tu adversario hecho fosfatina»

«Es viernes y todo sigue igual. O tal vez peor. Ya no me cabe duda de que el Edimburgo de mi juventud, ese reducto de la felicidad perfecta, ha desaparecido para siempre, arrasado tal vez por el vendaval del tiempo, que acaba por tumbar todas las ilusiones de vida. Et in Arcadia ego. No era la ciudad, sino yo mismo»



novela.algaida.es

